

IX JORNADA DE LA FETB

CRIAR ELS FILLS EN EL SEGLE XXI

Divendres 27 d'abril de 2011

***Piensa en mí, piensa con-mi-go*¹**

*Jorge Tió*²

Ante todo agradecer la invitación a participar en estas Jornadas por un doble motivo. Por un lado el de permitirme prestar un reconocimiento a la labor de la FETB que desde hace ya tanto tiempo ofrece una asistencia pública en SM a niños y adolescentes. Haciendo de su trabajo un ejemplo vivo de los valores de calidad y continuidad en la relación que tan vitales resultan para el desarrollo, como estamos viendo a lo largo de esta mañana. Y en segundo lugar por poder escuchar y compartir con ustedes las reflexiones que estamos realizando alrededor de tema tan transcendental como es la crianza de niños y adolescentes en la sociedad actual. Una Sociedad que a su vez también está cambiando vertiginosamente en las últimas décadas.

Cuando los organizadores, conocedores de mis centros de interés en el trabajo que estoy últimamente realizando, me hicieron la propuesta de colaborar en estas Jornadas, me solicitaron que les presentara los aspectos que desde la teoría del Apego (Attachment) se subrayan a la hora de considerar los elementos claves que nos ayudan a comprender el complejo proceso por el que una niña, un niño se transforma a través de la relación con sus cuidadores en un adulto capaz. En ese "animal fantástico" al que se refería Nietzsche, capaz de lo mejor y, en ocasiones también de lo peor.

Por otro lado también surgió el interés de que me refiriera a la adolescencia, dado que desde hace ya casi veinte años vengo dedicándome a la atención en Salud Mental a adolescentes en el seno, como muchos de ustedes saben, de un Programa interdepartamental entre Justicia y Sanidad (desarrollado por la Fundación Sant Pere Claver) para menores que son denunciados al sistema de Justicia Juvenil.

¹ El presente trabajo incluye extractos sintetizados de un capítulo del libro "Adolescencia, Desarrollo y Transgresión" que será próximamente publicado junto con otros autores del Equipo de Atención al Menor de la Fundació Sanitària Sant Pere Claver.

² Psicólogo Clínico, psicoanalista (SEP-IPA), coordinador del Equip d'Atenció al Menor de la Fundació Sanitària Sant Pere claver.

Mi visión de la adolescencia recoge lineamientos tanto de la teoría psicoanalítica de las relaciones de objeto contemporánea como de la psicología del Desarrollo (a la que ha tenido una importante contribución en las últimas décadas la teoría del Attachment)³.

La Interacción en la primera infancia: la contención y la capacidad de regulación emocional.

El crecimiento mental se produce como resultado de la interacción con el entorno. Es así como la inmadurez cerebral con la que nace el bebé (y determina su elevado nivel de dependencia del medio) acabó resultando una ventaja evolutiva al permitir una adaptación más compleja y ajustada al medio. Y en los momentos evolutivos de crecimiento más rápido, de cambios más significativos, como son la primera infancia y la adolescencia, la calidad de esa interacción resulta especialmente fundamental por los efectos estructurantes que en la organización del psiquismo tienen esas etapas.

La psicología evolutiva ha ido describiendo un rico repertorio de habilidades innatas⁴ en el bebé que caracteriza su predisposición a participar en la interacción social contribuyendo a que se desencadenen los procesos madurativos. Tanto las teorías psicoanalíticas como la Psicología del desarrollo coinciden en la idea de que la mente se organiza en base a la internalización de experiencias relacionales que determinan modificaciones en los sistemas de memoria cerebrales y estimulan la formación de una función simbólica capaz de elaborar representaciones mentales de la realidad.

Conceptos como el “holding” de Winnicott, la función de “reverie” de Bion o la interiorización de una “base segura” de Bowlby intentan describir estos procesos.

En las últimas décadas múltiples estudios de investigación empírica han descrito con más precisión las cualidades de una interacción favorecedora de este desarrollo. Así se ha demostrado la importancia de la capacidad que deben tener los cuidadores para leer y comprender los signos no verbales del bebé, prestando atención a sus estados emocionales, sin ofrecer respuestas excesivamente contradictorias o incoherentes frente a los mismos. El respeto de la madre a la alternancia de los diálogos interactivos, sin una predominancia de actitudes intrusivas. La estimulación moderada y apropiada del bebé en un clima cálido, participativo y receptivo. La tolerancia a su ansiedad con capacidad de responder con lo que se ha denominado una “especlarización afectiva marcada” (Fonagy et. Al., 2004), que consiste en un reconocimiento del afecto al mismo tiempo que una “marca” (de características no verbales – habitualmente un tono de exageración en el habla -) que comunica al bebé que la cuidadora, aunque capaz de reconocer el afecto del bebé no está sintiendo

³ Es importante disponer de “contrapuntos” en nuestras perspectivas para evitar reduccionismos.

⁴ Alteraciones en este equipamiento innato parecen estar relacionadas con los trastornos del espectro autista.

realmente lo mismo. El hecho de que la vivencia de la emoción por parte del bebé no tenga consecuencias reales más allá de esta experiencia comunicativa va a permitir desligar la emoción expresada de la disposición emocional real del emisor, permitiendo la paulatina construcción de un segundo nivel representacional que permite la atribución de emociones y la formación del símbolo.

El bebé y sus cuidadores forman así un sistema modulador de la emoción. Al experimentar esta regulación interactiva el bebé desarrolla capacidades mentales internas de autorregulación emocional. La expectativa de consuelo efectivo y de serenamiento fortalece el vínculo emocional del niño con el cuidador y lo invita a ser receptivo a las indicaciones de pensamientos y sentimientos de la madre, maximizando así sus oportunidades para la internalización de los reflejos de sus estados mentales. El biofeedback que proporcionan los padres al bebé sobre la variación de sus estados emocionales aumenta la sensibilidad de éste hacia todas las reacciones internas que covarían con el estado emocional. La experiencia de coincidencia entre el propio estado emocional y la respuesta materna genera afecto positivo que inhibe el negativo, y esta propia regulación emocional pasa a experimentarse como un agente causal que se interioriza.

En resumen es por lo tanto la capacidad de los padres para adoptar una postura intencional hacia un niño que no la ha desarrollado todavía, la llave para la transmisión de un funcionamiento interno basado en una experiencia de apego seguro (Fonagy et. Al., 2004), o lo que es lo mismo en un funcionamiento mental en el que predomine la confianza en uno mismo y en la relación con los demás (Erikson, 1956). Concebir al niño como sujeto de pensamientos, sentimientos y deseos propios, y concebir sus propias mentes de adultos en relación al niño o al propio estado mental.

La elaboración de unos sistemas de representación simbólica tanto sobre el propio self como sobre el mundo de las relaciones interpersonales constituye lo que ha venido a denominarse una “función reflexiva” de la mente o capacidad de “mentalización”. Ésta determina la capacidad de distinguir la realidad interna de la externa, la apariencia de la realidad, los procesos (mentales y emocionales) intrapersonales de las comunicaciones interpersonales.

Continuidad y discontinuidad con la infancia: La construcción de la nueva identidad adulta en la adolescencia.

La mentalización va a resultar decisiva de cara a la capacidad de contención interna del adolescente de las fuertes ansiedades que se despiertan en esta etapa.

Déficits en la capacidad simbólica van a estar en la base de muchos de los comportamientos defensivos que aparecen en la adolescencia como intentos de

eliminación de ansiedades que no pueden ser contenidas por el aparato mental o por el entorno. El adolescente va a intentar regular a través de su conducta estados emocionales insoportables cuando no sea capaz de hacerlo mentalmente o el entorno no le ayude a aprender a hacerlo.

Por otro lado la consideración de las respuestas favorecedoras del desarrollo en la primera infancia reviste especial importancia de cara a pensar en la relación contenedora por parte del entorno de los aspectos infantiles del adolescente que se continúan presentando en esta etapa junto a los aspectos adultos que comenzarán a despuntar.

La exigencia prematura puede ser vivida como una expulsión de sus aspectos infantiles, estimulándose todavía más las conductas regresivas o las actuaciones pseudo adultas que pretenden conseguir también prematuramente una vivencia de seguridad interna que todavía no se ha alcanzado.

La familia, cuando existe, es el ambiente que el adolescente utiliza para expresar sus aspectos más infantiles tanto por el hecho de que las dinámicas de relación instauradas a lo largo de la infancia estimulan este funcionamiento, como porque el adolescente continua esperando de las funciones parentales la contención de unas emociones de las que él o ella todavía no pueden hacerse autónomamente cargo. “Santos en plaza, demonios en casa” que dice el refrán. El adolescente puede desesperar con comportamientos infantiles que resultan muy incongruentes si se los compara con sus habilidades demostradas en determinados ámbitos de socialización. Pero justamente necesita seguir siendo niño en la familia para animarse a probarse como adulto en otros escenarios.

El desarrollo corporal y el cerebral que transforma revolucionariamente las capacidades cognitivas (aumento de las capacidades de abstracción con la aparición del pensamiento formal hipotético deductivo, aparición del pensamiento ético) provocan una discontinuidad con la infancia. La principal tarea del adolescente, que es la construcción de una identidad adulta, se debe enfrentar a intensas ansiedades confusionales (el cuerpo “incierto” y el caos “perceptivo”) y a una oscilación entre el temor de quedarse encerrado en la infancia (ansiedades claustrofóbicas) y las ansiedades de incapacidad y desvalimiento que la vivencia de separación provoca (ansiedades agorafóbicas). Frente a la ansiedad agorafóbica el adolescente no puede recurrir a la búsqueda de protección en las figuras parentales con la naturalidad de la infancia sin comprometer seriamente su incipiente sentimiento de identidad adulta.

Frente a estas ansiedades la respuesta del entorno resulta de nuevo crucial para promover el crecimiento y la maduración. Más allá del cuidado de los aspectos infantiles propios de la edad (tolerancia y límites), el adolescente necesita de un espacio potencial para la aparición de su “novedad”. Necesita que el entorno sea capaz

de acoger sus nuevos aspectos adultos, su transgresión creativa – que también forma parte de ellos - (sus nuevas producciones, sus críticas, su desobediencia) discriminándola de la transgresión defensiva que puede manifestarse con mayor o menor nivel de destructividad.

Acoger significa aquí tanto reconocer su existencia cuando aparecen, como crear las condiciones para que lo hagan. Ofrecer estímulos para que se animen a probar, oportunidades para verificarse en aquellas capacidades en las que debutan, y brindar confianza.

El adolescente necesita de adultos que resistan una confrontación saludable, que acepten la discrepancia. Con capacidad de establecer un diálogo que precisa tanto de la capacidad de mostrar con firmeza las propias convicciones como de la capacidad de considerar que el otro pueda tener razón. Para ello habrá que escuchar. El adolescente empieza a opinar, ya no pregunta como el niño, y requiere de adultos que le acompañen en el proceso de desidealización que se experimenta en esta etapa. Adultos que ofrezcan modelos de identificación lejanos de la idealización infantil de características omnipotentes. Con capacidad de reconocer que no lo saben todo, que pueden equivocarse y que saben apreciar la belleza y la verdad allí donde se encuentre.

Encontrar modelos de identificación que transmitan con claridad la diferencia entre adultez y omnipotencia puede resultar vital en estos momentos. Al estar todavía construyendo su identidad, el adolescente es especialmente vulnerable a nivel narcisístico, tendiendo a utilizar su entorno de forma proyectiva. En los demás depositará aspectos propios que le resultan insoportables. “Es mi padre el tonto, el cobarde,...”, “es mi madre la loca, la insegura, la dependiente,...” De la capacidad de los adultos, de la salud de su propio narcisismo, dependerá que las respuestas que el o la adolescente encuentre le ayuden a aceptar mejor estos aspectos repudiados y continuar su crecimiento sin abusar de las defensas narcisistas.

En definitiva la polaridad descrita de ansiedades claustro agorafóbicas orienta el proceso de maduración del adolescente, promoviendo sus movimientos progresivos y/o regresivos. Mientras las ansiedades se mantengan en márgenes tolerables serán las catalizadoras de acciones que promoverán el progreso animando al adolescente a probar algo nuevo o sugiriéndole la espera o el descanso, en una “regresión” normal, dándose todavía algo más de tiempo hasta sentirse suficientemente seguro. El entorno puede entonces favorecer el desarrollo cuando contiene (en términos de Bion o Winnicott) estas ansiedades ofreciendo oportunidades para que el adolescente se verifique en sus nuevas capacidades y modelos de identificación progresivos, o mostrándose paciente y capaz de respetar sus ritmos. Pero también puede erigirse como obstáculo cuando expulsa al adolescente, cuando le obliga a ser adulto “ya”,

incrementando su ansiedad agorafóbica o cuando intenta controlarlo o sobreprotegerlo haciendo entonces lo propio con sus ansiedades claustrofóbicas.

Funciones parentales en una sociedad en crisis.

Las condiciones sociales, el momento histórico particular afectan obviamente a la construcción de la identidad del sujeto que, como hemos visto, se define especialmente en la adolescencia. Las condiciones en las que los adultos vivimos influyen en nuestra capacidad de contención y los modelos y valores sociales determinan los procesos identificativos a los que son invitados los adolescentes desde dentro y desde afuera de la familia.

En la actualidad podríamos decir que nuestra sociedad occidental se encuentra también inmersa en un vertiginoso proceso de cambios desde mediados del siglo pasado. La caída de los Absolutos, tras el declive de las religiones⁵ y el derrumbe de las ideologías absolutistas que supuso el fin de la Segunda Guerra Mundial, han propiciado tanto la aparición de las corrientes de pensamiento relativista y constructivista⁶ como movimientos de búsqueda de nuevos ídolos que, alimentados por la “nostalgia de lo absoluto” (Steiner, 2001), intenta encontrarlos en la Ciencia, en el Mercado o directamente mediante el rebrote de las ideologías fascistas. Todo ello en un contexto de revolución tecnológica (principalmente en los campos de la biología y la comunicación) que introduce novedades a un ritmo que supera los mecanismos tradicionales de transmisión generacional.

Desde la psicología puede por lo tanto producirse un fértil diálogo con la sociología y la antropología que analizan estos fenómenos sociales y culturales en que estamos inmersos. Y hacernos así varias preguntas. ¿Cómo están afectando al desarrollo de nuestros adolescentes los profundos cambios sociales que la sociedad está experimentando? ¿Cómo nos afectan a los adultos encargados de acompañarlos en los últimos momentos de ese desarrollo hacia la identidad adulta? ¿Cómo afectan las nuevas estructuras y roles de la familia contemporánea mucho más diversas que el uniforme modelo de la familia patriarcal tradicional?

¿Podríamos decir que nuestra sociedad se encuentra en este momento de grandes cambios también “adolescentizada”? ¿Confundida, asustada ante la novedad, oscilando

⁵ La caída de los Absolutos, que comienza con la “muerte de Dios” dictada por Nietzsche en “Así habló Zaratustra” y a la que Freud también contribuyó con su crítica a la religión, ha sumido a nuestra cultura occidental en un estado de orfandad de ídolos.

⁶ Las perspectivas relativistas en epistemología y constructivistas en psicología, sociología y antropología han prestado una inestimable ayuda a la hora de desenmascarar las ideologías que han sustentado la idea de verdad como absoluto. Pero tal como señala Marcia Cavell (1998)⁶ que no exista forma de conseguir la certeza no quiere decir que el conocimiento no sea posible, que la evidencia necesite consenso tampoco equivale a que el consenso cree la evidencia y la constatación cotidiana de que muchas cosas se afirman por intereses espurios no implica que todo lo que se afirme sea siempre por algún interés ajeno al exclusivo de intentar aproximarnos a la Verdad y al Conocimiento.

entre la ilusión esperanzada con las innovaciones y los duelos y las ansiedades catastróficas que provocan tantas transformaciones? ¿Con poca capacidad de diálogo por lo tanto con nuestros jóvenes, con grandes déficits en los sistemas de reconocimiento que les podemos ofrecer pues en ocasiones a duras penas nos reconocemos nosotros mismos? ¿Dificultades que tanto nos pueden llevar a idealizar al adolescente al que queremos emular en el mito de la eterna juventud como a rivalizar con él intentando retenerlo en la infancia y la irresponsabilidad?

¿Una sociedad por momentos infantilizada? ¿Que busca en la “razón práctica”, en la satisfacción inmediata la salida a la desorientación? ¿Y así también puede idealizar al niño (y al niño que todavía hay en el adolescente) sobreprotegiéndole o, por otro lado, rivalizando con él intentando que “no se salga con la suya”, ya que a nosotros tampoco nos dejan?

Y en esta última década ¿Una sociedad deshumanizada? ¿Guiada por el economicismo y la especulación financiera que priorizando la “Deuda” por encima de los Derechos Humanos, está destruyendo las estructuras de atención (sanidad, educación, justicia, trabajo), dañando seriamente los vínculos sociales, potenciando la ausencia de solidaridad y disminuyendo así la capacidad de contención social?

Muchas gracias.